

Y ENTONCES APARECIÓ EL SIDA...: SEXUALIDAD Y CONSERVADURISMO EN LOS INICIOS DEL NEOLIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA¹

Mauricio List Reyes

Cuando empezaron a circular las primeras noticias en torno al sida, hubo una percepción generalizada entre homosexuales de que se trataba de una nueva estrategia que pretendía sembrar el terror. Las décadas de los sesenta y setenta habían sido testigos de su creciente visibilidad en la lucha por el reconocimiento de derechos y resultaba evidente que la persecución policiaca no había sido eficaz en su contra. Con la noticia de la enfermedad recientemente descubierta, un velo de incertidumbre cubrió a quienes percibían como cercana una situación más favorable para el ejercicio de la sexualidad que se salía de los modelos normativos. Si se confirmaban las afirmaciones que empezaban a correr en la prensa, el panorama sería mucho más complicado que como se había presentado hasta ese momento. Ello generó una disyuntiva de difícil solución: priorizar la lucha política sobre la amenaza de una enfermedad que se definía como mortal o centrar todos los esfuerzos en el combate a la pandemia, aun a costa de perder lo alcanzado hasta ese momento. Cada grupo, cada colectivo existente tuvo que debatir sus prioridades y actuar en consecuencia.

Las consecuencias del descubrimiento del sida y del virus que lo provoca, durante los años ochenta del siglo pasado, no pueden ser entendidas si no ponemos atención, por un lado, al clima político internacional y, por otro, al desarrollo de los movimientos sociales por el reconocimiento de derechos en América Latina en los años previos a la catástrofe. Aquello que me interesa presentar en este artículo es cómo en la década de los setenta, en respuesta a los logros que sectores específicos estaban conquistando, se fue dando la preeminencia del conservadurismo en términos políticos y morales, rechazando el relajamiento de las normas en torno a la *socialidad* y la sexualidad, y construyendo la representación del homosexual

¹ Este trabajo forma parte del proyecto «Diversidad de género, masculinidad y cultura en España, Argentina y México» (FEM2015-69863-P MINECO-FEDER) del Ministerio de Economía y Competitividad de España. **VERSIÓN PRE-PRINT: la versión final, a la que se remite, fue publicada en *De vidas y virus. VIH/sida en las culturas hispánicas*, ed. Rafael M. Mérida Jiménez, Barcelona: Icaria, 2019, pp. 31-48.**

como un sujeto enfermo, culpable en la expansión de la pandemia del sida a principio de la década de los ochenta.

Regímenes autoritarios y terrorismo de Estado

Las dictaduras latinoamericanas marcaron el devenir de la región durante la segunda mitad del siglo XX, en la que se sucedieron una tras otra en diferentes países con el apoyo de los Estados Unidos fundamentalmente.² Nuevas formas de colonialismo operaron y dejaron miles de muertos y desaparecidos, producto de la acción de policías y ejércitos que persiguieron a los opositores y a las poblaciones que estorbaran los intereses extranjeros. El hecho de que en algunos países se mantuvieran gobiernos elegidos democráticamente tampoco les garantizó quedar fuera del dominio estadounidense, pues no faltaron las presiones, principalmente de orden económico, a partir de las cuales se logró que siguieran las “recomendaciones” dictadas desde los organismos internacionales. Hay que decir que estos gobiernos persiguieron a toda costa las disidencias sociales e incluso culturales; para ello igualmente contaron con la participación de algunos intelectuales afines y de la jerarquía católica nacional. Parte de la complejidad de dichos procesos reside en el hecho de que en todos esos sectores hubo rupturas que apoyaron algunas acciones que contravenían las normas.

Durante la Guerra Fría se estableció la *Doctrina de Seguridad Nacional* (DSN) en la región. De acuerdo con Velázquez Rivera (2002), dicha doctrina se asentó en dos postulados básicos: la bipolaridad y la guerra generalizada. El primer postulado estaba relacionado con el antagonismo de Estados Unidos con la U.R.S.S.; el segundo con la necesidad de mantener una guerra con su oponente identificado con el mal, es decir, con el comunismo, al interior de los países que se encontraban bajo su hegemonía:

La DSN fundamentó su filosofía en que todo individuo era un amigo o un enemigo, que América Latina estaba en estado de guerra contra el comunismo mundial y que su lugar se situaba al lado del mundo occidental, que la guerra tenía un nuevo sentido:

² Argentina 1976-1983; Bolivia 1971-1978; Brasil 1964-1985; Chile 1973-1990; Guatemala 1954-1983; Nicaragua 1934-1979; Paraguay 1954-1989; Perú 1968-1975; Uruguay 1973-1985, entre otras.

total y global, invisible y permanente, puesto que estaba implicado en la agresión podía venir tanto del interior como del exterior, el comunismo se filtraba por todas partes. (Velázquez Rivera, 2002: 13)

Diversos autores (Cornejo, 2012, Correa García, 2003) han señalado al homosexual como ese enemigo de Occidente, pero igualmente de los países bajo la hegemonía soviética. En ambos contextos se le veía como un personaje de origen extranjero y que representaba lo indeseable. No se puede soslayar que en Latinoamérica, y no sólo ahí, los sujetos que salían del orden heterosexual sufrieron persecuciones por parte de las agencias del Estado, tanto en países que se encontraban sometidos a dictaduras militares como en las democracias, independientemente que se tratara de gobiernos conservadores o “progresistas”. La posición política de los sujetos LGBT no les garantizó mejores condiciones de vida en ningún país, como retrataron en su momento Reinaldo Arenas, Néstor Perlongher o Pedro Lemebel, por ejemplo, para los casos de Cuba, Argentina o Chile, respectivamente.

Estados Unidos implementó estrategias continentales que le permitieron incidir en los países de la región de forma directa; la principal se centró en la acción militar. Francisco Leal (2003) plantea que, de acuerdo con los intereses de Estados Unidos, la estrategia implicaba lograr el control militar de las instituciones del Estado e identificar al enemigo interno, que podía ser cualquier persona opositora. De lo que se trataba era de evitar que en el interior de los países pudieran surgir movimientos armados, o incluso movimientos civiles, para la reivindicación de derechos. De ahí que, independientemente de que los diversos países estuvieran gobernados por militares o civiles, se generaron estrategias de contrainsurgencia para desactivar cualquier protesta o movimiento social. Hay que señalar que a pesar de que hubo una estrategia surgida de Estados Unidos, su concreción en los países latinoamericanos fue diversa, tomó diferentes matices y obtuvo variados resultados. En países como México, en los que no se dio un régimen militar, igualmente se implementaron esas acciones de contrainsurgencia desde los años sesenta hasta mediados de los setenta al menos, con un número indeterminado de muertos y desaparecidos entre guerrilleros y activistas sociales, durante lo que hoy se conoce como la “guerra sucia”.

Recuérdese que estas dictaduras se caracterizaron por sus violentos métodos represivos y la persecución de los disidentes, incluso en países aliados, a través del *Plan*

Cóndor. Estas operaciones tuvieron la tarea de *cazar* a los disidentes que huían a países vecinos. De acuerdo con McSherry (2012), la Operación Cóndor se institucionalizó en noviembre de 1975 y aunque no figuró de manera formal como parte de sus políticas norteamericanas, hay evidencias documentales de la participación de Estados Unidos: «En la medida que avanzan las investigaciones sobre los casos concretos de coordinación represiva, aumenta la percepción de que ese fenómeno consistió en algo mucho más complejo que simplemente tener libertad de acción en territorio vecino; [...] dan cuenta de que el terrorismo de Estado ejercido de manera transnacional apuntaba más allá de los blancos efectivos: apuntaba a toda la sociedad» (Serra y Slatman, 2012: 29). Dicha estrategia impulsada por los Estados Unidos se modificó con el gobierno de Jimmy Carter, entre 1977 y 1981, pues supuso el fin del apoyo a las dictaduras y el inicio de la transición democrática en la región, en función del cambio de prioridades geopolíticas y económicas del país del norte. Dicha transición no fue inmediata sino paulatina, desde mediados de los setenta hasta finales de la década de los ochenta.

Los años setenta se caracterizaron por las crisis económicas a nivel global que tuvieron repercusiones en lo social y lo político. Mencía González (1999) afirma que la crisis que se vivió en esa década no puede ser entendida únicamente por los altos precios del petróleo, sino que se estaba incubando desde antes, pues había signos que mostraban que se desataría: entre los que menciona figuran la falta de crecimiento económico, la inflación y el creciente desempleo en algunas naciones, así como la inestabilidad en el sistema monetario mundial. Según esta investigadora, es necesario ubicar estos procesos en el agotamiento de un modelo de producción capitalista que se habría de transformar: «en la última parte de los 60 y principios de los 70 se intensificaron las luchas de clases en muchos lugares, no sólo sobre los salarios individuales y sociales, sino también sobre el control de la producción, el medio ambiente, la comunicación, la educación, la libertad de acción, igualdades de todo tipo, apostando por un modo de vida diferente, por una reorientación cualitativa frente a la idea de modernización sin fin o crecimiento sin límites» (González 1999: 2). Estos procesos marcaban el comienzo de una nueva lógica que rompía con el modelo seguido ortodoxamente por las economías capitalistas hasta ese momento, que apostaría por un desarrollo del individualismo en todos los planos.

David Harvey (2015), por su parte, observa cómo para finales de esa década se estaban dando claros pasos hacia el desarrollo del neoliberalismo en las grandes potencias mundiales, incluida China. Hay que tomar en cuenta que dicho modelo ya se venía poniendo en marcha en países poco industrializados en donde había sido impuesto por vías no democráticas, como en el caso de Chile, bajo la dictadura militar impulsada por los Estados Unidos. Habría que recordar que los gobiernos de las grandes potencias estaban cambiando de signo político, circunstancia que conllevó consecuencias importantes para todo el orbe. Así, tan importante fue el ascenso de Margaret Thatcher y Ronald Reagan como el de Karol Wojtyła, por ejemplo, pues impulsaron sus respectivas agendas conservadoras que tuvieron impacto a nivel global.

Me parece importante señalar que, simultáneamente a los procesos que aquí se mencionan, en el plano internacional se estaban dando movimientos sociales diversos que en 1968 vieron un momento álgido, pero que no se pueden limitar a esa coyuntura. Así, la lucha por los derechos de la población LGBT a nivel internacional, identifica la revuelta de Stonewall de 1969 como punto de inflexión; sin embargo, aunque fue el más visible, hubo una serie de acciones más o menos organizadas que diversos colectivos venían desarrollando. Tal circunstancia nos permite observar que la tensión entre los sectores conservadores y quienes estaban impulsando el reconocimiento de derechos a nivel internacional era ya importante en esa época.

Fue este precisamente el contexto en el que surge la pandemia del sida. El fin del modelo keynesiano en la política estadounidense planteó reducir el papel del estado en la economía, que en la práctica se tradujo en el desmantelamiento del estado de bienestar y en la paulatina transferencia de la responsabilidad de la salud a los ciudadanos. A decir de Harvey (2015), el neoliberalismo planteó la creación de un mercado de la salud, incluso con la acción del estado, beneficiando enormemente a las empresas farmacéuticas y hospitalarias, por ejemplo.³ Bajo esta lógica de la política pública frente a otros problemas de salud, muchos homosexuales en diversos países generaron estrategias colectivas para enfrentar el desafío que el virus implicaba.

³ Como ejemplo de ello en 1986 se crea la red de hospitales más grande en México a través del Grupo Empresarial Ángeles que concentra 24 instituciones en todo el país y que además presta servicio a instituciones públicas de salud que han ido siendo desatendidas en términos presupuestales generando condiciones cada vez más precarias para los derechohabientes.

¡Ni enfermos ni criminales, simplemente homosexuales!

Como se ha dicho, la década de los setenta fue la época de mayor represión en la región: toda protesta, toda disidencia, toda transgresión eran duramente perseguidas y reprimidas, incluyendo las de orden sexual. No obstante, a pesar del terror que generaban los autoritarismos regionales, se mantuvo presente la necesidad de reconocimiento de derechos básicos de los diversos sectores sociales. Primero de manera clandestina y cada vez de forma más abierta, la disidencia sexual fue tomando forma en la región. En ese contexto, se empezaron a dar incipientes procesos de organización de las poblaciones homosexuales. A pesar de que los procesos sociopolíticos fueron distintos en cada país, es posible observar que, de manera más o menos simultánea, se fue dando la organización política en gran parte de Latinoamérica.

Los antecedentes de visibilización se pueden encontrar en diversos momentos del siglo XX; sin embargo, se trataba de situaciones aisladas que no se articularon como acciones colectivas hasta la segunda mitad del siglo XX. Aún los colectivos que empezaron a reunirse en los diversos países tuvieron diferentes alcances y repercusiones, algunas de ellas muy poco significativas. Resulta destacado el hecho de que esos primeros pasos que dieron algunos colectivos fueron en el sentido de impulsar estrategias que permitieran reconocerse entre pares y hacer visibles sus planteamientos y demandas.

Néstor Perlongher señala como el antecedente más temprano de organización homosexual en Argentina al grupo *Nuestro Mundo* en Buenos Aires en 1969; lo describe de la siguiente forma: «Sus integrantes, [eran] en su mayoría activistas de gremios de clase media baja, liderados por un exmilitante comunista degradado del partido por homosexual...» (Perlongher, 1997: 77). El mismo Perlongher se incorporaría un poco más tarde al activismo en otro grupo: «En agosto de 1971, la ligazón de *Nuestro Mundo* a un grupo de intelectuales gays inspirados en el *Gay Power* americano, da nacimiento oficial al Frente de Liberación Homosexual de la Argentina» (íbid.). Por su parte, Osvaldo Bazán cita al Frente en relación con su ideología: «la lucha contra la opresión que sufrimos es inseparable de la lucha contra todas las demás formas de opresión social, política, cultural y económica» (Bazán, 2004: 342).

En esa misma época, en México empezaban a darse las primeras acciones, como recuerda Carlos Monsiváis (2004: s/p): «¡Qué inoportuna Nancy Cárdenas! En 1971 convocaste a un grupo de amigas y amigos en tu departamento de Felipe Villanueva, a discutir sobre la liberación gay (luego lésbico-gay), y aunque el grupo careció siempre de nombre (le decían simplemente “el Gay”), era un esfuerzo de concientización donde cada uno y cada una contaban su vida». Aunque dicho grupo no se visibilizó de manera inmediata, el hecho de que Cárdenas hablara sobre su orientación sexual en una entrevista televisada en 1973 fue un hito en dicho proceso de visibilización. Estas primeras acciones se daban asimismo en un clima de nulo reconocimiento de los sujetos que se salían de los marcos normativos, por lo que se dieron experiencias de muy diversa índole. En este sentido, me parece significativo que Contardo (2011) mencione a un grupo denominado *Betania* en Chile surgido en 1977. De acuerdo con su relato «La idea era crear una organización que ofreciera contención psicológica, apoyo legal y religioso a varones homosexuales» (Contardo, 2011: 306). Este último aspecto era importante pues sus organizadores eran devotos católicos. Más adelante menciona «El grupo *Betania* no tenía una agenda de reivindicación de derechos, como sí la tenían los activistas de Estados Unidos y Europa occidental» (Contardo, 2011: 311). No obstante, su escaso impacto evidenciaba una necesidad creciente de organización en función de una orientación sexual.

Estos, como muchos otros sujetos homosexuales durante esa época, tenían una percepción negativa de sí mismos, muy cercana a la del resto de la sociedad. Silverio Trevisan, al recordar sus intentos de organización de un grupo de estudio a mediados de los años setenta en São Paulo, menciona lo difícil que resultaba que los jóvenes de izquierda se involucraran activamente con el proyecto pues, según su relato, estaban paralizados por los sentimientos de culpa relacionados con sus convicciones ideológicas: la mayoría de ellos se percibían a sí mismos como *anormales* a causa de su homosexualidad. Así, tanto en el grupo católico chileno como en el de izquierda brasileño tenían conflictos semejantes por las mismas razones. De un lado y de otro era similar la visión negativa de una sexualidad que no estaba cumpliendo con los marcos normativos. De ahí que, en ambos países, el proceso resultara más lento y difícil: «E, para nós das “minorias”, a sensação era de estar prensados num círculo de ferro, à direita e à esquerda» (Trevisan, 2007: 338).

En estas condiciones, la organización política resultaba difícil de articularse. Sin embargo, ello no impedía la existencia de espacios de socialidad, muchos de ellos clandestinos, en los que podían darse encuentros sexuales. De ahí que se puedan identificar sitios en los diversos países de la región donde, desafiando los reglamentos e incluso las leyes, operaban dichos establecimientos. Por supuesto, una de las consecuencias fue la persecución policiaca de esos transgresores como puede verse en el caso colombiano:

Posterior al breve momento de despenalización de la homosexualidad ensayado por el presidente Carlos Lleras Restrepo en 1970, el tema resurge con mayor preocupación y empieza a ser tratado con total severidad. Las crónicas policiales dan cuenta de múltiples persecuciones y arrestos contra homosexuales en espacios privados de lugares públicos, mientras que medios como *Sucesos Sensacionales* y *El Colombiano* arremeten con mayor indignación contra su presencia pública. (Correa, 2017: 281)

Green (2000: 398-399) recuerda que en el caso de Brasil a partir del año 1972 diversos locales de entretenimiento empezaron a funcionar con relativa tranquilidad y fue surgiendo una nueva oferta de saunas gais en São Paulo y Río de Janeiro. El investigador menciona que es probable que los militares consideraran importante mantener la esfera pública relativamente libre y abierta, y utilizaban el entretenimiento, a través del fútbol o el carnaval, como válvulas de escape de la frustración de los trabajadores. En ese contexto la existencia de saunas y bailes resultaba insignificante.

Como ya señalaba, a pesar de que en México no había existido una dictadura militar, el régimen autoritario implantado por el partido político oficial (PRI) mantenía un fuerte control policiaco y militar en una época en la que las grandes concentraciones públicas no oficiales estaban prohibidas. A pesar de ello, principalmente en la capital del país, existían diversos lugares de encuentro y socialidad de homosexuales, tan públicos como la llamada “esquina mágica” -así llamado un cruce de una de las avenidas más importantes de la ciudad- o tan clandestinos como *Lhardy*, un “lugar de mala muerte” en el centro de la ciudad, según relata Guillermo Osorno (2014). No obstante, existían igualmente algunas ofertas de establecimientos a los que acudían homosexuales de posición acomodada que convivían con

el resto de la concurrencia. A la vez fueron esos años cuando se visibilizó la presencia homosexual en la ciudad de México, en la primera marcha en la que participó un pequeño contingente que se sumó a la conmemoración del décimo aniversario de la masacre del 68 en Tlatelolco.

¡Contra la represión, la movilización!

Las condiciones mencionadas fueron propicias para el desarrollo de actividades más organizadas en los países latinoamericanos en donde se hacía evidente que no era suficiente la acción de pequeños grupos de activistas, sino que había que llamar a la organización a quienes compartían condiciones de exclusión y violencia. Una de las estrategias que se siguieron fue a través de publicaciones con distinto nivel de calidad y alcance en cada país, en la década de los años setenta, cuando se generaron múltiples estrategias que debían enfrentar la censura, por un lado, y, por otro, la persecución policiaca a quienes eran identificados como homosexuales. En la mayoría de los casos dichos esfuerzos se hicieron con gran entusiasmo y escasa experiencia, lo que provocó que diversos proyectos fracasaran, principalmente en términos financieros. No obstante, muchas de esas publicaciones tuvieron cierto impacto en las poblaciones a las que iban dirigidas e impulsaron nuevas acciones de visibilidad y resistencia.

Quizás la primera publicación de ese tipo haya sido *Nuestro Mundo* (1967), editada en Buenos Aires. Héctor Anabiarte recuerda que «Repartíamos boletines mimeografiados en las redacciones de los periódicos y las revistas»; se trataba apenas de unas hojas escritas a máquina en la que se afirmaba que «Esta publicación no pretende difundir la homosexualidad. Pretende reflejarla tal como es realmente, sin tergiversaciones. Al menos ese es nuestro propósito. Pretende que se reflexione profundamente sobre una característica humana, que hoy se parece al problema de los leprosos del Medioevo» (Bazán, 2004: 337). No deja de ser llamativa esta última expresión en vísperas del descubrimiento del sida, cuando se redoblarían las acciones de exclusión y persecución a los mismos que en ese momento estaban intentando visibilizarse.

En Colombia, *El Otro. Revista teórico-política sobre la homosexualidad*, surgida en 1977, sería el órgano de difusión del Movimiento de Liberación Homosexual de ese país.

Según Correa (2017: 443), «Entre 1977 y 1979, *El Otro* logra crear y movilizar una serie de acciones y manifestaciones en las principales ciudades del país. La estrategia de la escritura hace posible una forma de conexión y comunicación permanente, al tiempo que posibilita compartir experiencias transgresoras y acciones de impacto». Hay que tener en cuenta que a pesar de lo poco elaboradas que solían ser dichas publicaciones y la falta de infraestructura formal para su difusión dentro del territorio nacional, lograron tener cierto impacto para lograr la incipiente articulación de acciones que tuvieron el efecto de visibilizar sus demandas.

Las condiciones en las que se venía dando la movilización en Brasil también tenían sus particularidades en un momento en el que la dictadura mantenía un discurso moral que hacía complejo ese proceso. No obstante, los activistas intentaban generar espacios de discusión, de trabajo colectivo, de divulgación. Un primer esfuerzo fue la creación de la revista *Gente gay* (1976), como señala James N. Green (2000), que enfrentaba entre otras dificultades, la ley de imprenta, pero que consiguió inicialmente un buen recibimiento. En este, como en muchos otros casos, el desconocimiento, la falta de experiencia editorial, sería uno de los grandes obstáculos para que continuara dicho proyecto. En 1978 surgió otra iniciativa editorial para la creación del periódico *Lampião da Esquina* a instancias de un grupo de intelectuales y artistas que expresaba el punto de vista de los homosexuales. Sin embargo, en este caso se trataba de personas con más conocimiento. Las diversas experiencias editoriales desarrolladas en otros tantos países no sólo fueron importantes en los procesos de visibilización de las comunidades LGBT locales, sino que, más tarde, esa misma experiencia sería de un enorme valor en la divulgación de información sobre prevención de la infección por VIH.

En México, el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR), a través del colectivo *Mariposas negras*, publicó su primer número del periódico *Nuestro cuerpo* en 1979. Su objetivo era «el fortalecimiento del movimiento homosexual revolucionario en nuestro país, el auge de la concientización y el orgullo de los homosexuales y las lesbianas mexicanas y su vinculación con las luchas populares». Así,

Tomamos la palabra a partir de nuestra sexualidad colonizada- nuestro cuerpo.
Consientes y responsables de la diversidad de nuestras relaciones en todos los terrenos

de la vida cotidiana, los integrantes del *Colectivo Mariposas Negras el FHAR* abrimos, con este primer número de *NUESTRO CUERPO* una alternativa de solidaridad, de comunicación, de amistad, con todos aquellos grupos o personas que luchan contra la dictadura heterosexual en todas sus manifestaciones autoritarias. (*Nuestro cuerpo*, 1979: s/p)

Es necesario considerar que estamos refiriéndonos a colectivos que operaban con los exiguos recursos que podían obtener con la venta de las publicaciones o con pequeñas contribuciones de simpatizantes, pues no contaban con financiamientos públicos o privados, lo que hacía que sus acciones estuvieran supeditadas a la posibilidad de obtención de recursos para la realización de sus actividades.

Y entonces apareció el sida...

Las acciones para hacer frente a la pandemia del sida en Estados Unidos, donde se descubrieron los primeros casos, fueron lentas y desarticuladas. Asimismo, en el resto del mundo hubo reticencia a dedicar esfuerzos y recursos a una enfermedad que había afectado a unos cuantos, que adicionalmente eran considerados responsables de su infección. En una entrevista realizada en 1985 al Dr. Samuel Ponce de León, director de Infectología del Instituto Nacional de la Nutrición en México, decía: «Bueno, aquí en México se ha exagerado la información. En sí no es tan alarmante, no es un problema de salud pública» (Ponce, 1985: 18). Así, las acciones específicas que cada gobierno implementó fueron muy diversas y, en general, en consonancia con la percepción que se tenía acerca de los afectados. Hasta que la pandemia empezó a afectar a la sociedad en su conjunto fue que se vio la necesidad de desarrollar estrategias que atendieran los efectos antes que las causas, es decir, a pesar de que resultaba cada vez más evidente que la pandemia estaba creciendo exponencialmente, la presión de los grupos conservadores llevó al diseño de tímidas campañas de prevención, que en muchos casos apenas sugerían que los sujetos se informaran sobre los riesgos de la enfermedad.

Para esos años las grandes potencias mundiales estaban experimentando importantes cambios en torno a sus modelos económicos, aparejados con transformaciones en el orden

político, lo que significó el ascenso del neoliberalismo y, de manera simultánea, un repunte del conservadurismo a nivel internacional. Ello propició la reducción de muchos de los servicios que ofrecía el Estado, y particularmente los servicios de salud. En muchos de los casos de América Latina, la crisis económica repercutió de manera significativa en los sistemas de salud y asistencia social, lo que en la práctica tuvo como efecto que se diera una transformación de su estructura administrativa y alcance de su atención. En el caso mexicano, por ejemplo, entre 1978 y 1985, el gasto del sector salud pasó del 2.25% al 1.65% del PIB (Pamplona, 1989: 395).

Aquí me interesa resaltar que una de las transformaciones que se dieron en lo sucesivo fue en el discurso institucional que trasladó a los pacientes la responsabilidad en relación con la prevención y cuidado de la salud. Particularmente incisivo fue este discurso contra las personas que eran portadoras del VIH, a quienes se les señalaba como responsables de su infección. De esta manera el estado fue justificando la falta de acciones efectivas para contener la pandemia. Para los sectores LGBT en cada país se hizo evidente que era necesario desarrollar acciones inmediatas ante la indiferencia gubernamental. La organización que se había venido construyendo en defensa de derechos a finales de la década anterior mostraba una ruta para enfrentar el reto que representaba apoyar a los cada vez más numerosos sujetos infectados que enfrentaban el rechazo de sus familias y de las instituciones de salud.

En ese contexto, la respuesta al sida fue heterogénea, pues no existían protocolos ni se habían diseñado estrategias de atención a quienes estaban infectados, o acciones de prevención. Por ello quienes organizaron las primeras acciones lo hicieron más con intuición que con conocimiento, principalmente desde las organizaciones ya existentes en cada país. São Paulo fue el primer lugar en donde el gobierno estatal tuvo, en palabras de Carlos Figari (2009), una reacción programática, y también donde surgió un primer grupo enfocado al tema: el *Grupo de Apoio à Prevenção à Aids* (GAPA). Un aspecto que este investigador resalta en su trabajo es que los colectivos que más fuerza tuvieron a principio de la década de los 80 en Brasil fueron el *Grupo Gay de Bahía* y el *Triangulo Rosa* de Rio de Janeiro y que ambos, a diferencia de los grupos fundados en la década anterior, ya no se planteaban la transformación de la sociedad al lado de partidos y movimientos de izquierda, sino insertarse en la lucha por el reconocimiento de derechos dentro del campo normativo, lo que implicaba construir una imagen respetable:

Por otra parte, a causa del advenimiento del VIH/Sida, nunca se habló tan abiertamente del tema homosexual en todo Brasil. Comenzó pues no sólo a ser incorporado en la agenda pública, sino a nivel educativo y en los medios de comunicación masivos. Siempre bajo dos visiones posibles: aquella generalmente vinculada a los programas gubernamentales asociados con las ONG/Gay, postura más o menos directa, franca y tolerante y otra que, aprovechando la estrecha relación del VIH/Sida con la población homosexual en los primeros años de la enfermedad, retomó viejas metáforas del prejuicio y la estigmatización (el movimiento evangélico de tinte pentecostal será uno de los principales). La opinión pública oscilaría frecuentemente entre una y otra. (Figari, 2009: 195)

Brasil fue uno de los países que rápidamente acumuló casos de infección por VIH, llegando en esos primeros años a ocupar el 4º lugar a nivel mundial. Así, a pesar de que el gobierno federal no quería reconocer la importancia de la pandemia, el creciente número de casos hacía inevitable reconocer su existencia. Trevisan señala que parte del problema estaba atravesado por las políticas de manejo de la sangre para atención a través de los bancos que no tenían un control sobre sus procesos, lo que llevó a que un número importante de personas se infectara por esta vía.

En el caso chileno, no fue hasta 1984 que se reconoció la existencia de los primeros enfermos, según Contardo, pero aún tardó en generarse una política para enfrentar la enfermedad que empezaba a causar alarma entre la población. A pesar de la insistencia en que se trataba de un mal que aquejaba a los llamados grupos de riesgo, la inquietud por el posible contagio seguía presente. En los siguientes años se produjeron acciones que iban en el sentido de identificación de los sujetos homosexuales, con el apoyo de la Brigada para Delitos Sexuales, para someterlos de manera obligatoria a exámenes para la detección de la enfermedad. Aún a principio de la década de los noventa continuaban dichas acciones, tal como señaló la subdirectora del Servicio Médico de Salud, quien «indicó que las autoridades habían constatado que algunas personas diagnosticadas como seropositivas “seguían asistiendo a los lugares de encuentro homosexual y son vistos con nuevas parejas”» (Contardo, 2011: 354). Esta actitud muestra la vigilancia policial que existía sobre ellos y

constata que el fin de la dictadura tampoco significó un trato diferente al padecimiento, que siguió siendo atendido como «un problema acotado» y para el cual no se establecieron de forma inmediata campañas de prevención.

Es importante señalar que en México en 1986 se creó el Comité Nacional de Prevención del SIDA (CONASIDA) y aunque se estableció que el sida tendría que estar bajo vigilancia epidemiológica, lo cierto es que las acciones del gobierno federal fueron lentas y estuvieron igualmente sujetas a la presión de grupos conservadores que no veían con buenos ojos el desarrollo de campañas de prevención. Durante los primeros años, en los contextos locales la alarma por la posible presencia de la pandemia llevó a plantear diversas estrategias de prevención, la mayoría de ellas a partir de la vigilancia directa de quienes eran considerados como los principales afectados, y por tanto quienes potencialmente podrían propagar la enfermedad. Así se puede apreciar por las declaraciones de diversos funcionarios locales, como el doctor Eduardo Vázquez de la Universidad de Guadalajara, quien planteó como una de las acciones «levantar un censo clínico para localizar a posibles portadores del virus, pero exclusivamente entre una docena de los llamados grupos de alto riesgo que por razones obvias elevan las posibilidades de ser portadores del virus, les haya afectado o no a ellos» (Mejía, 1988: 33). Como afirmaba el Dr. Jaime Sepúlveda, en 1987, «La primera fase de la campaña se centró en tres formas de prevención: la práctica ideal de la relación monógama, el empleo del condón cuando no se tuviera una pareja estable y el uso de jeringas desechables» (Sepúlveda, 1989: 25). En la medida en que se fue consolidando una mayor visibilidad de los sectores LGBT y la organización por la defensa de derechos, fue dándose una mayor presión para la generación de políticas efectivas de prevención y atención médica en el creciente número de afectados.

Conclusiones

Al principio de este trabajo señalaba el complicado contexto económico y político de los años setenta a nivel global. Las crisis económicas caracterizadas por el alza en los precios del petróleo y cuyos efectos se sintieron en las condiciones de vida de la población en general abrieron la posibilidad a una transformación profunda en el modelo de las economías nacionales y a nivel internacional. El neoliberalismo, que ya venía avanzando, se instituía

con efectos profundos y emergían nuevos líderes políticos con una agenda marcadamente conservadora en términos políticos y morales. Principalmente a Estados Unidos había dejado de serle útil la existencia de las dictaduras latinoamericanas. Con las nuevas políticas económicas internacionales, resultaba más rentable la operación de las democracias representativas para llevar adelante los nuevos ajustes que se requerían para la expansión del capital.

En ese contexto, con la transición democrática en diversos países y un proceso de retorno a la normalidad institucional, se dio la posibilidad de avanzar en la reparación de las heridas dejadas por la represión y persecución a los disidentes durante los regímenes autoritarios. Cada uno de los países emprendió la tarea de maneras diversas. Leonardo Moledo (1988: 107) señala que cuando el sida llegó a Argentina, en 1982, poco después de la dictadura de Videla, y durante la secuencia de dictadores hasta la transición a la democracia, «En realidad, el virus del sida no podía haber elegido un momento mejor para instalarse en la Argentina. Los argentinos estaban desconcertados, sus sistemas de creencias rotos, sus defensas disminuidas y no sabían qué hacer con sus almas y sus cuerpos». Sin embargo, como han señalado diversos autores, el cambio de los gobiernos autoritarios a los democráticos no significó una transformación en ámbitos como el de la sexualidad. La persecución a los disidentes fue semejante, responsabilizándolos de muchos de los males que aquejaban a las sociedades. Así, resultaron tan conservadores frente a la sexualidad como los regímenes autoritarios, con las consecuencias que ello conllevó frente a la pandemia y las posibles estrategias de prevención.

Como resulta evidente, este texto es sólo una mirada parcial de un complejo fenómeno en la región. He intentado dilucidar las complejas conexiones entre las transformaciones económicas y políticas globales y los procesos de lucha por el reconocimiento de derechos y contra la pandemia en una región en la que aún hoy en día las poblaciones LGBT enfrentan innumerables retos para su sobrevivencia, siendo uno de ellos la pandemia del sida. No obstante, es imprescindible un análisis pormenorizado que examine cómo los procesos globales impactaron en las políticas nacionales en torno a la prevención del VIH y qué efectos tuvo sobre las comunidades LGBT.

Referencias bibliográficas

- BAZÁN, Osvaldo (2004), *Historia de la homosexualidad en la Argentina. Desde la conquista de América al siglo XXI*, Marea, Buenos Aires.
- CONTARDO, Óscar (2011), *Raro. Una historia gay de Chile*, Planeta, Santiago de Chile.
- CORNEJO ESPEJO, Juan (2012), «Componentes ideológicos de la homofobia», *Límite. Revista de Filosofía y Psicología*, 7.26, pp. 85-106.
- CORREA GARCÍA, Ramón Ignacio y M^a Dolores GUZMÁN FRANCO (2003), «Cine y educación: la construcción de la alteridad», *Luces en el laberinto audiovisual: Congreso Iberoamericano de Comunicación y Educación*, José Ignacio Aguaded Gómez (coord.), Universidad de Huelva-Grupo Comunicar, Huelva.
- CORREA MONTOYA, Guillermo Antonio (2017), *Raros. Historia cultural de la homosexualidad en Medellín, 1890-1980*, Universidad de Antioquía, Medellín.
- FIGARI, Carlos (2009), *Eróticas de la disidencia. Brasil, siglos XVII al XX*, CICCUS-CLACSO, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ RUIZ, Mencía (1999), «Ideología y nueva derecha», *Laberinto*, 1, pp. 1-12.
- GREEN, James N. (1999), *Além do carnaval. A homossexualidade masculina no Brasil do século XX*, UNESP, São Paulo.
- HARVEY, David (2005), *Breve historia del neoliberalismo*, Buenos Aires, Akal.
- LEAL BUITRAGO, Francisco (2003), «La doctrina de Seguridad Nacional. Materialización de la Guerra Fría en América del Sur», *Revista de Estudios Sociales*, 15, junio, pp. 74-87.
- MCSHERRY, J. Patrice (2012), «La maquinaria de la muerte: la Operación Cóndor», *Taller (Segunda Época). Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina*, 1.1, pp. 33-46.
- MEJÍA, Max (1988), «Historias extraordinarias del siglo XX», *El SIDA en México. Los efectos sociales*, Francisco Galván Díaz (coord.), Ediciones de Cultura Popular-Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp. 17-57.
- MOLEDO, Leonardo (1988), «El sida en la Argentina», anexo de Néstor Perlongher, *El fantasma del sida*, Puntosur, Buenos Aires, pp. 105-141.

- MONSIVÁIS, Carlos (2004), «Nancy Cárdenas, la siempre inoportuna», *Nexos*, 1, septiembre, s/p. <https://www.nexos.com.mx/?p=11261>
- NUESTRO CUERPO (1979), 1, México: Frente Homosexual de Acción Revolucionaria.
- OSORNO, Guillermo (2014), *Tengo que morir todas las noches. Una crónica de los ochenta, el underground y la cultura gay*, Debate, México.
- PAMPLONA, Francisco (1989), «El sida en la prensa en México. Análisis del discurso periodístico», *Sida, ciencia y sociedad en México*, Jaime Sepúlveda Amor et al., Fondo de Cultura Económica, México, pp. 391-411.
- PONCE DE LEÓN, Samuel (1985), «¿Qué pasa con el sida en México? Entrevista» *Macho Tips*, 1.1, p. 18.
- PERLONGHER, Néstor (1997), *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1982*, Colihue, Buenos Aires.
- SEPÚLVEDA, Jaime y Blanca RICO GALINDO (1989), «El sida en México: una introducción», *Sida, ciencia y sociedad en México*, Jaime Sepúlveda Amor et al., Fondo de Cultura Económica, México, pp. 17-29.
- SERRA PADRÓS, Enrique y Melisa SLATMAN (2012), «Coordinaciones represivas en el Cono Sur (1964-1991)», *Taller (Segunda Época), Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina*, 1.1, pp. 27-32.
- TREVISAN, João Silverio (1986), *Devassos no paraíso. A homossexualidade no Brasil, da colônia à atualidade*, Record, Río de Janeiro.
- VELÁZQUEZ RIVERA, Édgar de Jesús (2002), «Historia de la doctrina de la Seguridad Nacional», *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 9.27, enero-abril, pp. 11-39.